

San Francisco de Asís y su fascinación

José Antonio Merino

Dimensión lúdica y festiva de San Francisco de Asís



El santo de Asís tuvo conciencia de traer al mundo un nuevo estilo de vida: «El Señor me dijo que quería hacer de mí un nuevo loco en el mundo, y el Señor no quiso llevarme por otra sabiduría que ésta». Estas palabras, que la *Leyenda Fermína* pone en boca de Francisco, expresan su convencimiento vivido y su comportamiento nunca desmentido. Por naturaleza, Francisco era alegre y estaba dotado de un talante jovial y festivo nada común, que siempre conservó e incluso potenció a lo largo de su vida. El estaba convencido que eso era un don de Dios y como tal había que respetarlo, vivirlo y comunicarlo. Recibió por nacimiento la gracia de la alegría, y la conservó a lo largo de su vida unida a la cortesía, al respeto y a la finura de espíritu.

Jovial y festivo

Los *Tres Compañeros* dicen de él que «su natural era alegre y jovial»; Celano subraya que «recibió a la muerte cantando», y San Buenaventura afirma que la vida de Francisco era «una celebración continua». Esta actitud permanente de alegría y de fiesta sorprende y contagia a todos aquellos que se acercan al gran Hermano universal. Ello ha dado motivo a crear el mito unidimensional de Francisco juglar, Francisco trovador y Francisco caballero, que tanta literatura ha producido a partir del Romanticismo.

Es cierto que el santo de Asís se consideraba a sí mismo un juglar de Dios y quería que lo fueran sus hijos. Pero el ser juglar es sólo una manifestación de un comportamiento más profundo. La tesis romántica de identificar la Edad Media con la época caballesca es exagerada, como igualmente es exagerada una interpretación exclusiva de la persona y vida de Francisco en estructura caballesca, aunque la época y la vida del santo hayan dado motivo para ello. Como ha de-

mostrado J. Huizinga, «la caballería sólo es una parte de la cultura de aquel período, que la evolución política y social transcurre en su mejor parte fuera de aquella forma». Lo mismo puede decirse del espíritu juglar y caballesco de Francisco, que sólo es una expresión parcial de su rica personalidad.

Ha sido también el mismo Huizinga, en su obra *Homo ludens*, quien ha visto en Francisco una dimensión profundamente lúdica cuando afirma que «Francisco jugaba con la figura de la pobreza. Toda la vida del santo está llena de factores y formas lúdicas, y esto constituye su aspecto más bello». Ciertamente, que la penetrante intuición de Huizinga de ver en Francisco un hombre lúdico es muy importante, aunque necesita mayor profundización. Huizinga se fija en el juego de Francisco con la pobreza; pero la actitud lúdica del santo es mucho más profunda y variada. La imagen popular del Hermano de Asís como caballero de la dama Pobreza es conmovedora y sugiere más que precisa y aclara. La obra *Sacrum Commercium*, que nos pinta un Francisco enamorado de la pobreza, está concebida según el esquema de una novela caballesca, en donde el caballero es Francisco que corre tras su dama, la Pobreza. Es un texto que tiene el mérito de ayudarnos a comprender el sentido y la fuerza del sentimiento del santo, pero que ha contribuido también a darle un peso y una relevancia mayor de cuanto la pobreza tuvo de hecho. Sin duda que Francisco jugó con la pobreza, pero hubiera jugado igualmente sin ella. Si el juego de Francisco con la pobreza fue posible y significativo, es porque la asumió en su nivel más alto de liberación; y como él siempre jugó a ser libre, el juego con la pobreza le ayudó a alcanzar esa libertad ansiada y siempre defendida. En el juego con la pobreza hay que ver también un poco de ironía y de amable burla ante el afán normal de la posesión, y la demostración de que la vida puede ser vivida de un modo distinto e, incluso, contrario al que se cree razonable y defendible. La tensión nerviosa por la posesión puede ser curada por la distensión de la no posesión y de la desapropiación voluntaria. Pero lo que es necesario subrayar aún es que temperamental y efectivamente Francisco era jovial y festivo» y que sus gestos, sus actitudes y sus manifestaciones expresan su profunda dimensión lúdica, que es una constante a lo largo de toda su vida.

Una rápida mirada a su biografía nos demostrará que la dimensión lúdica pertenece a su estructura antropológica, que connota un sentimiento, lleva a una actitud existencia y supone una cosmovisión e interpretación del hombre y del mundo.

Dios es una fiesta

Celano, en su *Vida Primera*, habla de la «acostumbrada alegría» de Francisco que se manifestaba en su vida como algo connatural. Los *Tres Compañeros*, al describir su vida juvenil, dicen que era mucho más alegre y generoso que su padre, «dado a juegos y cantares, de ronda noche y día por las calles de Asís con un grupo de compañeros». En el grupo juvenil él se destacaba como un líder nato por su simpatía, generosidad y ocurrencias: «Lo nombran jefe por la mucha experiencia que tenía de su liberalidad, sabiendo, sin duda, que se iba a cargar con los gastos de todos... y entre sus reflexiones tiene en cuenta la cortesía», según puntualizaciones de Celano. Siempre le gustó destacarse entre sus compañeros por sus ocurrencias, juegos, cantos, generosidad, cortesía y buen gusto. Jugaba a los más bellos juegos de la vida, pero siendo siempre «de trato muy humano, hábil y en extremo afable» (Celano). Su talante festivo no se manifestaba sólo cuando la vida le sonreía y la suerte le acompañaba. También en los momentos cuando el hombre suele sucumbir al desaliento, al desánimo o a la desesperación él supo manifestar que su talante festivo le era connatural. Así lo demostró cuando cae prisionero en la guerra entre las eternas rivales Asís y Perusa. Estuvo un año en prisión y mientras los compañeros de infortunio se sumen en la tristeza y sufren penosamente las calamidades de unas cárceles lóbregas e inhóspitas, como eran las de aquella época, Francisco vive alegre, «se ríe de las cadenas y las desprecia», según nos lo transmite el biógrafo Celano. Lo que suponía atraerse las iras y la indignación de los compañeros de infortunio que no podían por menos de considerarle como a un loco y exaltado. El hombre alegre de Asís jugaba no sólo por la campiña, por las calles e, incluso, en la cárcel, también tenía juegos oníricos, ya que su avidez de gloria le llevaba a soñar los mejores sueños del triunfo, del éxito y de la gloria ilimitada, como lo demuestra el famoso sueño de las armas que tuvo en la Pulla.



También en la forma de vestir demostró ser distinto por su originalidad y por la extravagancia de sus vestidos al utilizar paños del negocio de su padre. Se observa en él una reacción al orden establecido y una actitud contracultural a la costumbre de su tiempo. Los *Tres Compañeros* destacan el modo de vestir, que no iba con su condición, su vanidad y su distinguirse al añadir retazos de paño valioso a vestidos de tela corriente.

Cuando se va viendo acorralado por la gran *Presencia total*, que es Dios, invitándole a un viaje nuevo en su vida, se siente inundado de gozo y no puede «contener la alegría» (*Tres Compañeros*), que se exterioriza en saltos, en canciones, en gestos manifiestos de un desbordamiento gozoso que necesita proclamar para que los demás puedan si no comprender, sí, al menos, compartir. Dios para Francisco no representaba lo negativo ni lo triste de la vida, no era el símbolo de la ley que prohíbe, ni era la negación humana. Dios suponía la afirmación humana, la posibilidad del hombre y el camino de la propia realización personal. Dios para Francisco era una fiesta, un gozo, una celebración. En los momentos en los que Dios se le manifestaba aun a tientas, sentía tal gozo que no cabía «dentro de sí de tanta alegría, aun sin quererlo» tenía que decir algo al oído de los hombres», según confesión de Celano. Esta necesidad imperiosa de comunicar su incontenible alegría explica el que marchara por los campos y los montes cantando en lengua francesa alabanzas al Dios de la alegría. En esa actitud de un Cristo danzante se encuentra con unos bandidos que preguntan por su identidad personal, y al responderles que *es el heraldo del gran Rey*, lo arrojan a un hoyo lleno de nieve y lo desprecian. Pero él sale saltando del hoyo y «reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz, por los bosques, las alabanzas del creador de todas las cosas» (Celano).

Desnudo y ebrio de espíritu

También con gesto lúdico se manifiesta la actitud de Francisco ante el obispo de Asís cuando se despoja totalmente de su ropa y en ese mismo momento cambia definitivamente el nombre de padre, aplicado

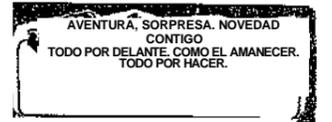
hasta entonces a Pedro Bernardone, para dárselo exclusivamente al gran Padre celestial. Con gesto lúdico

se entiende también el momento de la restauración de la iglesia de San Damián que para conseguir el material suficiente «entrando en la ciudad, como ebrio de espíritu, comienza a cantar alabanzas al Señor por plazas y barrios». Terminando estas alabanzas, se pone a pedir piedras para reparar la dicha iglesia, diciendo: «Quien me diere una piedra, recibirá una merced; quien me diere dos, dos mercedes tendrá; quien me diere tres, recibirá otras tantas» (*Tres Compañeros*). Para el poeta de la alegría el restaurar una iglesia era un hermoso juego que merecía la pena jugarlo con los más bellos cantos y en un ambiente de fiesta en el que vivían los nuevos constructores y del que, además, había que hacer partícipe a los vecinos y a los transeúntes.

A Francisco, que siempre jugó a ser sencillo, le gustaba representar, escenificar, hacer viva la vida misma y expresarla con los más vivos colores recurriendo para ello a todos los medios que favorecían la imaginación, la fantasía y el misterio. Escenifica el primer belén en Greccio porque en el juego de esa representación él puede representar un papel más vivo, más concreto, más religioso. Modela con sus propias manos una mujer e hijos de nieve para que a través de esa representación su Imaginación y su instinto se liberen de unos imperativos que le impedían un juego más limpio y más libre. Cuando él quería cantar se servía de todos (los medios para hacerse acompañar. Se nos cuenta en la *Segunda Vida*, de Celano, que «a veces tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo; tenía en la mano derecha una varita corva con una cuerda de extremo a extremo, que movía sobre el palo como sobre una viola; y, ejecutando a todo esto ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés». El canto era el *tonus firmus* de su existencia que se manifestaba cuando estaba solo, cuando acompañaba a sus hermanos, cuando algún hermano retornaba a la fraternidad, cuando se dirigía a los animales, a las plantas y a los demás seres, pues él quería que todas las criaturas formaran natural y espontáneamente la gran sinfonía de la creación. Yendo de camino cantaba y «a veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús» (Celano). Incluso en las cosas más serias, como es la predicación, manifestaba su júbilo y lo expresaba con gesto y ademanes, «no

cabiendo en sí mismo de alegría, al tiempo que predicaba movía sus pies como quien estuviera saltando», nos dice Celano en su *Vida Primera*; y lo hacía no por ligereza, sino porque su plenitud espiritual y alegría desbordante le estimulaban a la danza del hombre redimido.

Jugar: algo muy serio



Niko Kazantzakis, en su novela *El pobre de Asís*, ha profundizado como pocos en la dimensión lúdica de Francisco- En la escena del encuentro del Santo con el Papa describe con gran belleza lo que pudo ser de hecho. Claro, que el gesto lúdico de este pobre cristiano no fue bien interpretado por el hombre de Iglesia. Por desgracia, la teología no tiene espacio, o lo tiene muy reducido, para las categorías estéticas; y cuando un pobre cristiano, como Francisco, exterioriza su alegría y júbilo incontenibles ante un hombre importante de Iglesia, es sospechoso de no estar en sus cabales y de ser un cliente de la patología, y es mejor evitar su compañía para demostrar ante la opinión pública que uno está en su sano juicio y que sabe tratar las cosas importantes con suma seriedad. Olvidando lastimosamente que «el carácter lúdico puede ser propio de la acción más sublimé», como dice Huizinga. Ya el viejo Platón sostenía que «hay que proceder seriamente en las cosas serias y no al revés. Dios es, por naturaleza, digno de la más santa seriedad. Pero el hombre ha sido hecho para ser un juguete en la mano de Dios, y que eso, poder ser juego, es precisamente y en verdad lo mejor, en él. Por tanto, todo el mundo, hombre o mujer, debe aspirar a ese fin jugando los más bellos juegos con un sentido contrario al de ahora. Juego, broma, cultura, afirmamos, son lo más serio para nosotros los mortales». Francisco, como juguete en las manos de Dios, es lo que mejor definiría toda su vida, su persona y su modo de vivir la existencia completa. El juguete está libre de la tiranía de la utilidad y vale porque sí, tiene finalidad en sí mismo y sirve para divertir. Eso fue el Santo de Asís, un gran juguete divino, que cumplió sencillamente su misión de jugar, celebrar, cantar y danzar, incluso en las cosas más serias, sin pedir nada, sino gratuitamente y disponible siempre a danzar la más bella canción.

Francisco, «juglar y liturgo de Dios», como le llama San Buenaventura, siempre estaba dispuesto a cantar una nueva canción, porque todo su interior estaba lleno de musicalidad. «La dulce melodía espiritual que bullía en su interior», según el *Espejo de Perfección*, no podía contenerse en su interioridad y la expresaba en el canto, en la danza, en la alegría exterior, en una interminable celebración que él logró transformarla en permanente concelebración. Incluso cuando se sentía enfermo no perdía el buen talante y su alegría le mantenía sereno, jovial y risueño. También sabía jugar con esa cosa tan seria que es la enfermedad, y que en los momentos más agudos del dolor mandaba cantar a sus hermanos para fortaleza de su espíritu. Esa actitud sorprendente hizo exclamar al biógrafo Celano: «¡Oh Mártir! Mártir que toleraba sonriente y lleno de gozo aquello que sólo verlo resultaba dolorosísimo y penosísimo a todos».

"El Santo que más valores positivos vio en la vida"

Este rápido recorrido por su biografía nos demuestra que la personalidad y el comportamiento del Santo de Asís no pueden explicarse adecuadamente por las formas culturales y sociales de su tiempo, como era el ser juglar, trovador o caballero. Todas estas expresiones y canalizaciones de sentimientos son un momento que traduce parte de la gran riqueza humana de Francisco. La categoría lúdica no es que explique todo el comportamiento de Francisco, pero es la que mejor refleja su compleja personalidad y sus variadísimas manifestaciones frente a Dios, frente a los hermanos, frente a la Iglesia, frente a la naturaleza y frente a la misma historia. Fue una persona genial que en todo momento supo descubrir valores en todo y en todos. H. Cox afirma de Francisco que fue «el santo cristiano que más valores positivos vio en la vida», y que fue un revolucionario del corazón por su manera de ser y por su forma lúdica de vivir la vida misma. El *Poverello* vivió con inusitada intensidad la propia existencia abierta a todas las dimensiones sin quedar hipotecado por ninguna de ellas. Pasaba de la fantasía a la realidad, de la realidad al ensueño, del juego a la penitencia, del canto al silencio, de la soledad a la compañía, del mundo a Dios y del Creador a todo lo creado. Y en este Ir sereno y gozoso de una realidad a otra es en donde se esconde la verdad y el encanto de Francisco. La actitud lúdica del Hermano de Asís provenía del convencimiento de que todo es gratuito;



Y, por consiguiente, al no exigir nada de nada ni de nadie puedo disfrutar de todo y de todos. Sólo una vida desposeída de intereses se transforma en canción, en danza y en verdadero juego. Cuando la vida se recibe como don, la existencia humana puede cantar una canción distinta de la que conocemos. Y esto se logrará cuando el hombre tome en serio el educarse para la vida, que es la realidad más seria, y en donde pueden jugarse los más bellos juegos.

Es un hecho que está ahí, palpable y demostrable, que tanto la vida como el pensamiento sistematizado del hombre son hechos creados de una radiante alegría, un concepto optimista que tienen del hombre, de la vida y del mundo. La existencia del franciscano supone una perspectiva privilegiada para saber ver los grandes o pequeños valores que nos rodean, para saber descubrir la vida y para poder compartirla. Al no tener pretensiones de grandeza puede disponer de mucho tiempo libre para fijarse en tanta belleza que se nos brinda ante nuestros ojos en personas, cosas, circunstancias, etc., que aunque parezcan pequeñas transmiten, sin embargo, el valor de su propio encanto. «La belleza es realmente un don reservado a quien sepa gozarla, escribe el franciscano A. Gemelli; los que saben gozarla no son los estetas, que tratan de dominarla para definirla; no son los retóricos, que pretenden aprisionarla en una frase o en una página; son los humildes y puros de corazón, los pobres que gastan gustosos el tiempo en contemplarla». El franciscano, en su concreción y realismo, trata de respetar siempre las proporciones reales. Por eso ve su propia persona como es y sabe sonreír de su pequeñez y de la ajena. Esta sonrisa franciscana es la sonrisa de la humildad inteligente o, si se prefiere, de la inteligencia humilde que a veces se convierte en sano humorismo, en desenfadada ironía o en interpretación cómica, pero siempre respetuosa y cortés. El saber reírse de uno mismo, el tener fina ironía, sin malicia ni rencor, de los otros, de las adversidades, de los fracasos e, incluso, de los propios éxitos, es una muestra del comportamiento inteligente del franciscano en la existencia. La vida, el hombre y todo lo que nos rodea tiene un cierto sabor cómico, porque todo ello es enormemente pequeño comparado con Dios y con la eternidad, que son las realidades que poseen verdaderas magnitudes que merecen toda la seriedad, en el sentido ya expuesto. El franciscano canta, porque ama, ama porque

espera y espera porque cree y confía en Dios, que nunca defrauda. Por eso su canción, aun cuando parta de las cosas más pequeñas e irrelevantes, adivina el infinito, en el sentido de los versos de Rilke:

*Sólo aquel que logra elevar su lira,
aun en medio de las sombras,
puede adivinar y proclamar lo infinito.*



La alegría franciscana es expresión espontánea de su talante festivo, pero tiene su apoyo y justificación en la trascendencia, en Dios, como fuente gozosa y como meta añorada y destino irremplazable. El franciscano celebra mucho porque posee vivo sentido y experiencia personal de que la Pascua es misterio no simplemente para ser creído desde el frío asentimiento, sino para ser vivido desde el hecho histórico de la propia liberación y del gozo de sentirse ya salvado.

El franciscano aportó a la cristiandad el rejuvenecimiento de la alegría, que suponía también el rejuvenecimiento de la religión cristiana. Una religión comienza a transmitir espíritu y a contagiar simpatía cuando es capaz de comunicar profunda y sana alegría. Mas se hará insoportable y aburrida en el momento que ha tenido la desgracia de perder o abandonar la alegría, pues no hay nada más odioso e insoportable que un dios triste. Esa fue la más seria acusación que hizo Mefistófeles a Dios cuando le dice que su estilo enfático despertaría en él la hilaridad «si no hubieses perdido ya la costumbre de reír». Cuando un dios ha perdido la costumbre de reír ha envejecido, no interesa, y el hombre buscará otros devaneos para no perecer en una seriedad inhumana e insoportable. Cuando Nietzsche describe *La canción del baile*, dice, por boca de Zaratustra, que «el diablo es el espíritu de la pesadez». Por eso un amigo de la vida y de las divinas danzas no puede demostrar espíritu de pesadez ni de seriedad diabólica. Frecuentemente, en la religión se ha llegado a equiparar la seriedad impenetrable con la trascendencia, despojando de ese modo a Dios de su propia verdad, que es vida, luminosidad, plenitud, alegría. El franciscanismo vivido según el talante de Francisco, *ese loco que Dios envió al mundo*, puede aportar a nuestra cultura y a nuestra cristiandad un nuevo canto, una nueva danza, una nueva forma de celebrar la vida y la existencia del hombre, tan amenazado por la seriedad reinante.

